

así la Iglesia santa, que es sostenida por el poder de todo un Dios y Rey soberano del cielo y de la tierra, que la ha hecho su heredad, la cultiva, la cuida, la defiende, la sostiene y ampara; trabajando sin cesar, ya en la santificación de las almas por los sacramentos; ya en la perfeccion de estas por los dones y gracias; ya en la luz, prudencia, y entereza que comunica á los pastores; ya en el sostenimiento de todo el cuerpo, que unido á su cabeza no puede ser vencido por sus enemigos; pues aunque estos la humillen y lo hieran como los judíos hirieron y humillaron el cuerpo físico de Cristo, se levanta glorioso, impassible, inmortal, como aquél cuerpo glorioso salió del monumento invulnerable, incapaz de tormento, de dolor, de muerte; por donde, así como este, resucitado ya, quedó exento del poder de sus enemigos, que accion ninguna podían ya ejercer sobre él; así éste triunfante en la gloria no reconoce ya enemigos que puedan obrar contra él; y aun militante en la tierra, no puede ser destruido; porque su consistencia, su existencia, su vida, no consiste en los cuerpos ni en la vida, humana ó existencia natural del hombre; sino en la union indisoluble de la cabeza con el cuerpo, esto es, de Cristo con su Iglesia: union que se mantiene con la gracia, la caridad, las virtudes, mediante las cuales el espíritu del Señor se difunde por todo el cuerpo, lo anima, lo vivifica, le da accion, lo sostiene y lo salva; y aunque á todos sus miembros los devorara la espada del perseguidor, el cuerpo no sería destruido, pues tiene una existencia y una vida á que no pueden tocar todo el poder de los hombres y del infierno unidos.

SUPLEMENTO.

DIA NUEVE.

Santa Petronila, vírgen.

Fue Petronila una doncella romana, á quien San Pedro, Apóstol, convirtió á la fe con toda su familia. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, fué despues instruida en las máximas de la religion por el mismo Apóstol. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo San Pedro á su casa con frecuencia, estaba la jóven Petronila á los piés del Apóstol, como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oír sus santas instrucciones. Y como por otra parte, el mismo Apóstol la habia reengendrado á la gracia por el bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de San Pedro, prefiriendo este título quizá á otros muchos que tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de San Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legítima y natural del Apóstol. Hizo mas verosímil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que San Pedro fué casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia, que su muger fue mártir generosa de Jesucristo, por lo que no es de admirar que con el tiempo el título de *hija de San Pedro*, con que se honraba Petronila, diese motivo á creer que San Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Descaba ardientemente la santa doncella padecer por Jesucristo, así como el habia padecido por ella, y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones, era la cruz. Concediósela el Señor, dándole por cruz la misma cama, donde la tuvo inmóvil por muchos años con una grave perlesia. Era espectáculo verdaderamente digno de admiracion, ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, sin que se notase en ella la me-

nor señal de impaciencia, con un semblante siempre sereno, con una modestia y con una apacibilidad inalterable. Mirábanla todos como un milagro vivo de paciencia y de virtud, admirábanla, y proponíanla por modelo de la perfeccion cristiana.

Todas estas virtudes eran efecto de su caridad y de su fé. El encendido amor que profesaba á Jesucristo la hacia suspirar incesantemente por el martirio, y á vista del abrasado deseo que tenia de derramar su sangre por la religion, le parecia nada todo cuanto padecia. Era correspondiente á estas virtudes la tiernísima devocion que profesaba á la Santísima Virgen; y en conclusion se puede decir, que toda la perfeccion cristiana se dejaba como palpar en aquella dichostísima doncella.

Era la casa de Petronila como el hospicio general de San Pedro y de todos los cristianos que habia en Roma, y se dice que un dia en que habian concurrido muchos, y estaban todos para sentarse á la mesa, algunos de ellos mostraron estrañar mucho, que bastando la sombra sola del Apóstol para curar á otros enfermos, quisiese el Santo dejar paralítica en una cama á la hija de un hombre que á todos hacia tanto bien. Pareciendo á San Pedro que aquella estrañeza podia debilitar su fé y su confianza, mandó á Petronila que se levantara, y viniese á servirlos á la mesa, lo que hizo al punto la Santa, como si nunca hubiera estado enferma. Quedaron todos asombrados, bendiciendo al Señor, obrador de aquellas maravillas; pero declarándoles el Apóstol que á la Santa doncella le era mas conveniente la enfermedad que la salud, y que era voluntad de Dios que todavía se purificase mas y mas por algunos años, continuando los ejemplos de su invencible paciencia, la mandó volverse á la cama, y en el mismo instante se volvieron á apoderar de ella todos sus males, quedando tan paralítica como ántes. Tiénese por cierto que Petronila permaneció en el mismo estado por algunos años, y que no sanó perfectamente hasta despues del martirio del Apóstol. Fácilmente se deja considerar la vida que haria en Roma la ferrosísima doncella, despues de la preciosa muerte de su padre espiritual. Instruida en tal escuela, formada por tal mano, y gobernada por tan diestro director, qué progresos no haria en el camino de la perfeccion? Su casa parecia verdaderamente un monasterio, y nunca dejaba su retiro sino para consolar y para ayudar á los fieles que estaban en las prisiones, ó para enterrar á los que habian sido martirizados.

No tardó Dios en autorizar aquella eminente santidad con el don, y con el esplendor de los milagros. Todas las enfermedades cedian á sus oraciones; y bastaba, dicen las actas, que tuviese deseo de rogar al Señor por los enfermos que desde aquel mismo punto estuviesen sanos. Pero ni las penitencias, ni las prolijas y molestas enfermedades habian ajado un punto su extraordinaria hermosura, y las maravillas que se contaban en Roma de su virtud, de su espíritu, y de otras muchas prendas naturales, hacian mucho ruido en toda la ciudad. Viola un dia Flaco, caballero romano, y enamorado ciegame de ella, resolvió pretenderla para esposa, para cuyo efecto, sin querer valerse de otro interlocutor, el mismo se fué un dia á su casa con grande acompañamiento de criados y de lacayos, y la hizo derechamente la proposicion.

Quedó Petronila estrañamente sorprendida, tanto de la visita, como del asunto de ella; pero siendo muy dueña de sí misma disimuló perfectamente su estrañeza, y respondió á Flaco con la mayor urbanidad, que quedaba sumamente reconocida y obligada por la honra que pretendia hacerla; pero que siendo materia de tanta consideracion le pedia tres dias de término para pensarla, y para poner orden en los negocios de su casa, que al cabo de ellos podria enviarla algunas doncellas y criadas que la acompañasen. Retiróse aquel caballero muy satisfecho de la atenta respuesta de la que consideraba ya como su futura esposa.

Però nuestra Santa que desde sus mas tiernos años habia consagrado á Dios su virginidad, resuelta mas que nunca á no tener otro esposo mas que Jesucristo, se encerró en su casa con otra Santa virgen, llamada Felícula, y pasó todos los tres dias en oracion, en ayunos y en todo género de penitencias. Animada de una viva fé, y de una tierna confianza en Jesucristo, á quien siempre llamaba su divino esposo, y en la Santísima Virgen á quien nombra su querida Madre, suplicaba á los dos con las mayores instancias, que no la dejasen por mas largo tiempo en el mundo, expuesta á agrandar á otros ojos que á los de su divino Esposo Jesucristo. *¡Ahóguese, Señor, mi vida en mi sangre, ó en mis lágrimas,* exclamaba con fervor, y fué oida su oracion. Al amanecer el tercer dia vino á su casa el presbítero Nicodemus, celebró el santo sacrificio de la misa, dióla la comunión, y tuvo el consuelo de verla expirar tranquilamente al pié del altar, consumida con el fuego del divino amor. Poco tiempo despues llegaron las doncellas que enviaba Flaco para acom-

pañarla, y en lugar de conducirla al tálamo nupcial, siguieron el acompañamiento de los funerales, llevándola á la sepultura.

Fué enterrado el santo cuerpo en un cementerio del camino de Ardi, que despues se llamó de su nombre, y con el tiempo se fundó en él una iglesia en honra de la misma Santa. El papa Gregorio III la hizo una de las estaciones en el octavo siglo, y Paulo I lo trasladó á la Iglesia de San Pedro en el Vaticano; dondè cada año se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad.

—•••••

DIA DIEZ Y SEIS.

Santa Juliana, vírgen y mártir.

Teneinos el sentimiento de no poder dar la noticia que justamente apetece la piedad cristiana, acerca de la vida de Santa Juliana y de su glorioso mártirio, por la absoluta falta de las actas de él, que sin duda se han perdido en el trascurso de los tiempos; no sabiéndose mas de que su santo cuerpo reposa en el convento de religiosas de Santa Clara de Bolonia, á donde fué trasladada del lugar de su mártirio, que parece haber sido en la Armenia.

—•••••

DIA DIEZ Y SIETE.

San Rómulo, mártir.

San Rómulo, que con otros varios compañeros dió el glorioso testimonio que Jesucristo predijo habian de dar de su divinidad las almas generosas que él escogeria para tan importante objeto, se hallaba en la ciudad de Concordia, situada en la costa del mar Adriático, cuando una de las mas fuertes persecuciones que ha sufrido la Iglesia, hacia los mayores estragos en la cristiandad; si bien siempre provechosos á la causa de Dios que sabe sacar su gloria de la persecucion misma, fortaleciendo á sus mártires para que lo confiesen y con su sangre se esmalten y glorifiquen su nombre; fecundando los campos de la Iglesia con este riego esclarecido; y llenando de confusio y vergüenza á los obstinados enemigos del nombre cristiano que ven volverse contra ellos mismos el medio de que se valieran para destruir á la naciente iglesia, que crece mas, se robus-

tece y se cubre de gloria, mientras mas se procura deprimirla y sumirla en el olvido.

Nuestro Rómulo, con sus gloriosos compañeros, nada aterrado por los tormentos y la muerte que por todas partes presentan los tiranos á los fieles de Cristo, entró con denuedo en la palestra, y confesando animosamente la fé del Crucificado, se dispuso á padecer los tormentos á que fué sentenciado por el inicuo juez. En efecto, este hombre despiadado mandó romperle las megillas con varas calzadas de plomo; en seguida le hizo colgar en el potro y abrasar sus costados con hachas encendidas; sin que lo tormentoso de la postura en el potro, ni el ardor activísimo de las teas, arrancasen del Santo mártir una sola palabra que no fuese de gloria y alabanza al Dios omnipotente por cuyo amor daba la vida, y de exhortacion cristiana al pueblo circunstante.

Vencido el tirano en estas fuertes pruebas; pero no desistiendo de la obstinada empresa á que le instigaban las furias infernales de que estaba poseido, mandó calentar una caldera de aceite hasta que hirviese en mucho grado, y estando ya dispuesta, la hizo verter sobre el llagado cuerpo de nuestro invicto mártir; mas este recibió este baño de fuego con tal serenidad, que parecia ser de una agua fresca y consoladora que templase los ardores ocasionados por las teas. Viendo por último el tirano, que nada podia alcanzar con sus crueldades de tan generoso confesor de Cristo, mandó que allí mismo se le cortase la cabeza. Ejecutóse al momento con nuestro Santo, y con sus demas animosos compañeros que habian sufrido con él iguales tormentos. Sus santas reliquias fueron sepultadas por los cristianos, y se conservan en Concordia con singular veneracion, obrando el Señor, por ellas muchas milagrosas curaciones.

—•••••

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Modesto, obispo de Tréveris.

FLORECIÓ San Modesto en el siglo quinto, con grande edificacion de la Iglesia, que vió en él un zeloso pastor de las almas, un vigilante defensor de la fé, y uno de los fanales mas luminosos, que en tiempos difficilísimos supo desterrar las tinieblas del error, y reducir á los pueblos oscurecidos á la pureza del dogma católico. Por la antigüedad de la época en que existió, ignoramos las particula-

dades de su vida en los años de su juventud, acaso porque los estragos de las guerras hayan ocasionado la pérdida de los preciosos documentos que sin duda existieron, referentes á los gloriosos hechos de nuestro Santo, y tal vez de otros varones ilustres de aquellos tiempos. Por los pocos que existen, se observa que San Modesto fué creado obispo de Mileto, y provisto despues en la santa iglesia de Tréveris en la Bélgica. El gran mérito de nuestro Santo, ya por sus virtudes y la inocencia de su vida, y ya por su sabiduria, debia ser la causa de que se le trasfiriése de la silla episcopal de Mileto á la de Tréveris, gobernando la Iglesia universal el papa Gelasio.

Este cálculo se funda en que habiendo sufrido la iglesia de Tréveris grandes estragos por las repetidas irrupciones de los bárbaros, que tres ó cuatro veces tomaron por asalto la misma ciudad de Tréveris, entregándola al saqueo é incendiándola en mucha parte, especialmente en la vez que la tomó el rey Childerico; la desmoralización de las tropas gentiles habia contaminado de tal modo á sus habitantes, que olvidados de las reglas de la moral cristiana, se dieron desenfrenadamente á los excesos de la gula y de la lascivia, aun en los momentos mismos en que se veian invadidos de los bárbaros y á punto ya de una nueva captura de su desgraciada capital; siendo tan general la corrupcion, que un escritor afirma, que era mas fácil hallarse un edificio sin lesion alguna de la guerra, que un hombre de probidad, ó exento del contagio general; y que se veia ser mayor el estrago que la licencia del soldado habia hecho en la moral de los treviresenses, que el fuego y el hierro habian hecho en las repetidas devastaciones de aquella nobilísima ciudad. Sobre este fundamento, fácil es de entender que interesada la piedad del papa Gelasio por la reduccion de aquellos miseros cristianos á la pureza de la fé y á la integridad de las costumbres, y conocida la sabiduria y el zelo extraordinario de San Modesto, tratase de encomendarle una empresa tan ardua y tan importante al mismo tiempo, colocándole en la silla episcopal de aquella iglesia.

A la verdad, que segun se observa, no pudo ser mas acertada la eleccion, y el evento lo comprobó de una manera incontestable. Entró nuestro Santo en esta selva espesa que presentaba tantas dificultades á los trabajos de un operario evangélico; pero su zelo y su paciencia lo allanó todo: los ricos, que por sus proporciones se dan con mas ahinco á los vicios, y que por la soberbia que les infunden sus riquezas, resisten mas á la correccion, oyeron al fin las

amonestaciones paternales de su nuevo pastor, y corrigiendo sus desórdenes, comenzaron á ejercitarse en la piedad cristiana. La clase menesterosa, que arrastrada del ejemplo de los otros, no cuidaba ya ni aun de guardar el pudor que inspira la misma naturaleza, viéndose socorrida por nuestro Santo, no ménos por los auxilios temporales, que por la saludable correccion y paternales consejos con que los apartaba del mal y encaminaba al bien, comenzó á apartarse del sendero de la perdicion en que corria precipitadamente y á arreglarsus costumbres, de manera que en poco tiempo varia de aspecto la ciudad, y las ruidosas conversiones que cada día obra Dios por medio de nuestro Santo en los mas insignes pecadores, renovaron el fervor de los primeros siglos, y dieron nuevo aliento á la piedad: todo debido al zelo infatigable del santo obispo, á la energia de su predicacion, á la prudencia de su gobierno, y sobre todo, al ejemplo constante de sus esclarecidas virtudes, por las que resplandecia como un faro que en la noche sirve de guia y fija el rumbo del errado navegante, y con los que, á la manera de un dique opuesto al torrente impetuoso de las aguas, habia resistido el solo y hécho entrar en su cauce el de las pasiones desenfrenadas de todo un pueblo.

En tan importante empresa, que con la bendicion de Dios tuvo todo su logro, consumió nuestro Santo el resto de su importante vida, la que fué coronada de una muerte verdaderamente preciosa en los ojos del Señor, hácia los años de 499 segun unos, ó pocos ménos segun otros; su santo cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Matías, Apóstol, donde en los años sucesivos se exponia su cabeza á la veneracion del pueblo en la Semana santa y en la vigilia de Pentecostes. Otras reliquias del Santo se veneran en Bolonia en el templo de Santa Lucia.

DIA VEINTE Y CINCO.

San Cesario, confesor.

Fué San Cesario natural de Nazianzo en Capadocia, hijo de San Gregorio y de Santa Nona, y hermano de Santa Gorgonia y de San Gregorio, obispo de Nazianzo, que por su profunda sabiduria en las ciencias divinas y teológicas fué llamado el *Teologo*, siendo uno de los mas brillantes ornamentos de la Iglesia. Su padre habia sido

gentil; pero las oraciones, los ejemplos, y las exhortaciones de su santa muger, le convirtieron á la fé, y habiendo sido bautizado por San Leoncio, obispo de Cesarea, mereció con el tiempo por sus virtudes ser elevado á la dignidad episcopal, y despues de su muerte ser contado en el número de los santos. Hijo de padres santos nuestro Cesario, no podia dejar de recibir una educacion verdaderamente cristiana y devota, que ayudaba en mucha parte la esclarecida virtud de su hermano; y descubriéndose en él grandes talentos llamó no ménos la atencion de sus padres el cultivo de su ingenio, que la práctica de la virtud; y como los desvelos paternales mirasen mas al bien de aquel hijo que rectamente amaban, que al consuelo de tenerlo en su compañía, no dudaron curiarlo á hacer sus estudios en las escuelas de Alejandría, bien encargada su asistencia y el cuidado de su juventud.

A la verdad, que poco necesitaba este cuidado el temprano juicio y sólida virtud de Cesario; pues se condujo con tanto acierto, que aprovechando siempre en el estudio de la piedad, supo darse al de las ciencias, en que hizo grandes progresos, especialmente en la Astronomia, Geometría, Aritmética y Medicina, cuya práctica comenzó desde luego con aceptación. Cuando ya estuvo para volver á su casa, dispuso su santa madre salirle al encuentro con su hermano San Gregorio, y logró en efecto reunirlos en Constantinopla. En esta capital hacian instancia á nuestro Cesario para que se radicase en ella; pero por consejo de su hermano á quien siempre respetó mucho, se volvió á su patria, en la que vivió con gran piedad y templanza, ejerciendo la medicina sin emolumentos en favor de los necesitados; mas como su pericia en este arte fuese bien singular, en breve se halló solicitado de las personas de distincion y de los mas ilustres personajes, á quienes servia de buena voluntad y sin interés; siendo tal la elevacion de su alma y la solidez de su virtud, que habiendo llegado á disfrutar por sus prendas la amistad y el favor de los emperadores Constancio, Juliano y Valente, no se ensoberbeció en manera alguna, y se vió en él el raro ejemplo de un cortesano que en medio de la corrupcion de los áulicos mantuvo intacta su virtud; y en toda su pureza el dogma de la fé, á ciencia y presencia de un Julian apóstata, perseguidor de la iglesia, y de un Valente, protector de los hereges y perseguidor de los católicos.

Sobre este particular se recomienda tanto la constancia en la fé y la integridad en las costumbres de nuestro San Cesario, quanto

que Juliano lo tentó de mil maneras para atraerlo á su apostasia y corromper su moral; pero sostenido por Dios con auxilios extraordinarios y los consejos de su Santo hermano Gregorio, se sostuvo con tanto valor y generosidad, que quedaron frustrados los intentos del tirano, de quien al fin hubo de retirarse, para buscar en la fuga su seguridad. Muerto desastradamente el apóstata Juliano, abrió nuestro Santo su aula para enseñar la medicina, en cuyo ejercicio se mantuvo algun tiempo, hasta que llamado á la corte por el emperador Valente, fué á poco nombrado por él cteuror ó tesorero general del erario público en la provincia de Bitinia; cuyo cargo desempeñó con gran pureza é integridad, así como con el acierto que le proporcionaba su pericia en la aritmética y el cálculo.

Por este tiempo recibió de Dios una muestra de la providencia paternal con que velaba sobre su conservacion; pues aquel Señor que supo preservarle de la infidelidad y de la corrupcion, lo libertó maravillosamente de la ruina casi total de la ciudad de Nicea, donde se hallaba, causada por un espantoso terremoto, y en que, segun la expresion de su hermano San Gregorio, acaso fué el único de los nobles que salvó su existencia, siendo sacado de entre los escombros que lo cubrian, y que le dejaron cierta señal, muestra nada equívoca de la bondad divina y de la aceptación con que el Señor miraba la integridad de su virtud. Acaso por este accidente su santo hermano le aconsejó que diese de mano á todo negocio secular y asistencia á la corte, y se consagrase esclusivamente al cuidado de su alma en el retiro. Hízolo así en efecto nuestro Cesario, dócil siempre á las inspiraciones del Señor y á los santos consejos de su hermano, y entregándose á la oracion y á los rigores de la penitencia procuró sazonar su alma para el trance de la muerte que contemplaba vecina.

En efecto, habiendo contraído una enfermedad mortal, de que conoció no saldria, se dispuso con los Santos Sacramentos y los mas fervorosos y devotos afectos, y murió santamente en Nazianzo su patria, hácia los años de 370. Fué sepultado allí mismo, y su hermano San Gregorio tuvo la grata satisfaccion de llenar mas de lo acostumbrado los deberes de la amistad y del amor fraternal, pues pronunció la oracion fúnebre de su hermano en sus mismas exequias, recomendando las esclarecidas virtudes en que había sobresalido, de que él había sido un testigo presencial, y que le dieron bastante fundamento, á mas de la ilustracion interior con que se sin-

tió, para presagiar que los honores con que ensalzaba sus virtudes vendrían á perpetuarse por una celebridad aniversaria, como efectivamente ha probado el evento en la Iglesia griega y en la latina.

DI A VEINTE Y SEIS.

San Nestor, obispo y mártir.

Fue San Nestor obispo de una antigua ciudad situada en los confines de Panfilia. Ignóranse las particularidades de su vida ántes de su elevacion al obispado; pero las grandes virtudes con que resplandeció en él nos dan bastante márgen para conocer los rápidos progresos con que habia avanzado en el camino de la perfeccion cuando la Iglesia, á pesar de su humildad, lo elevó á aquella dignidad tan sagrada. Admirábanse en él con especialidad, una modestia y una piedad tan ejemplares, que se atraia la veneracion de todo el mundo, sin que el profundo respeto con que lo honrabán disminuyese un punto la humildad de que estaba poseído y que parecia haber nacido con él; los efectos de su zelo correspondian bien al crédito y veneracion que recibia del pueblo; pues trabajaba tanto en la salud de las almas, cuanto puede advertirse por la adhesion que le profesaba su grey, y por el proceder mismo de los enemigos de la Iglesia, que cuando trataron de poner en ejecucion las tiránicas órdenes del despiadado Decio, juzgaron de absoluta necesidad deshacerse del pastor ántes de acometer á la grey; no prometiéndose el éxito que deseaban en su empresa si no quitaban á aquella Iglesia el firmísimo apoyo de su infatigable prelado.

Con esta mira el prefecto Irenarco se apoderó de su persona, mandando soldados que cercasen su casa y le trajesen á su presencia. Hallábase el Santo en oracion, cuando uno de sus domésticos le avisó que la casa estaba rodeada de tropa; mas fue tanta la serenidad de su espíritu, que coneltyó primero su oracion, y signándose con la santa cruz salió pacificamente á recibir á sus aprehensorés. Conducido á la presencia del tribunal sufrió el interrogatorio que acostumbraban hacer los perseguidores de los cristianos, y la intimacion de las órdenes imperiales, contestando el Santo obispo con tanta modestia como firmeza, que él no debia obedecer los mandatos del príncipe contra los mandamientos de Dios, ni temia la amenaza de unos

tormentos que deseaba con ansia padecer. Oida esta generosa respuesta, mandó Irenarco se le condujese cargado de prisiones á la ciudad de Perga en Panfilia para presentarlo al presidente Pollion, ó Publio, segun se lee en el menologio griego, siguiéndolo él mismo para hacer su acusacion.

La fatiga del camino y los malos tratamientos que recibia nuestro Santo de sus perseguidores no sirvieron mas que de redoblar su fervor é inflamar el deseo en que se abrasaba de padecer por Jesucristo, y que le hizo prorumpir ante el tribunal, "que en los tormentos y fuera de los tormentos confesaria á Cristo Hijo de Dios vivo." Llegado á la presencia del tirano Pollion le preguntó este su nombre, y le amenazó con los mas crueles tormentos si no abjuraba de su religion. Mi nombre en lo temporal, respondió el Santo, es el de Nestor: ante Dios mi glorioso distintivo es, ser y confesarme cristiano. Si por esta causa me persigues y atormentas mi cuerpo, me tendré por dichoso. Irritado el juez mandó inmediatamente que se le colgase en el Eculeo y se le rasgasen las carnes con uñas de hierro; lo que se ejecutó con la mayor crueldad hasta descubrirsele las costillas. Entretanto el invicto Nestor, lleno de júbilo engrandecia al Señor diciendo en altas voces: "Bendeciré al Señor en todo tiempo: su alabanza estará siempre en mi boca." Antes de que muriese en tan atroz suplicio, quiso el tirano tentar de nuevo su constancia con las promesas y el favor del príncipe; empero nuestro Santo, mas valeroso miéntras mas herido, respondió con firmeza: Con mi Cristo estuve siempre, con el estoy y estaré hasta el fin. Oido esto por el tirano mandó que lo bajasen del Eculeo, y se dispusiese una cruz para que muriese como Cristo quien queria estar con él: juzgábala ignominia; mas para nuestro Santo no pudo darse trono de mayor gloria. Así es que fijado en la cruz, recogió las pocas fuerzas que le quedaban, y desde ella, como desde una cátedra, predicaba la palabra divina, enseñando á los gentiles la religion de Jesucristo, y exhortando á los cristianos á confesar y no negar á Cristo en los tormentos y en la muerte misma. Concluida su oracion con un fervoroso Amen, entregó dulcemente su generoso espíritu en manos de su Criador.